



Seix Barral Biblioteca furtiva

Janne Teller

Todo

COLECCIÓN DE RELATOS

Traducción del danés por
Carmen Freixanet

¿POR QUÉ?

- ¿Por qué hice qué?
- Hiciste aquello...
- Las farolas alumbraban.
- ¿No lo hiciste por eso?
- ¿El qué?
- Aquello...
- ¿Ir a dar una vuelta?
- Ya sabes... Te gustaría saberlo...
- ¿No fue algo que se te ocurrió de pronto?
- ¿Ocurrírseme el qué?
- Pienso que debió existir una razón.
- ¿Una razón?
- Sí, para... quiero decir...
- Sí, ¿qué quieres decir realmente?
- Claro, es decir..., sí, son cosas que uno puede hacer porque... se vea obligado a ello. Porque alguien le ha hecho algo a uno, a los padres o... a los amigos o...

-
- ¿La sociedad?
- Sí, la sociedad, también. Quizá sobre todo la sociedad.
- Seguro que hay algo de eso, como se suele decir.
- ¿Que la culpa es de la sociedad?
- Sí.
- ¿Cómo?
- Lo sabes mejor que nadie.
- ¿Qué es lo que yo sé?
- Que la culpa es de la sociedad.
- ¿Por qué iba a saberlo yo?
- Eres uno de ellos, por eso.
- Claro..., pero ¿podrías explicarlo un poco más?
- ¿El qué?
- ¿Por qué la sociedad te empujó a...?
- No.
- ¿No?
- Eso es: no.
-
- ¿Dijiste algo de las farolas?
- Alumbraban.
- Sí, ¿y...?
- ¿Y qué?
- ¿... Te intimidaban?
- ¿No es más que normal a la una y media de la noche?
- ¿El qué?
- Que alumbren las farolas.
- ¿Y eso te provocaba?

—¿Por qué lo supones?
—Dijiste que fue eso lo que te empujó a...
—¿No lo has probado nunca?
—¿El qué?
—Que la luz de las farolas te haga sentir deseos de ir a dar una vuelta.
—¿Y la barra de hierro?
—Sí, estaba odiosamente oxidada.
—¿Estaba en la calle?
—Es una guarrada dejar ahí tirado un hierro herrumbroso y pirarse. ¿No te parece?
—Ah... Claro...
—Esas cosas no se pueden dejar tiradas. ¡Alguien podría tropezar!
—Así que no la buscaste. ¿Te la encontraste?
—¿Encontrármela? ¿A eso llamas encontrárselo? Una basura oxidada.
—¿Sabías lo que querías hacer con ella cuando la recogiste?
—¿Qué hubieras hecho tú armado con un maldito pedazo de herrumbre?
—¿Así que estaba oxidado, allí...?
—Chirriaba en la mano, no se tenía tieso. ¿No te suena eso?

—Cuéntame de ti.
—Ya lo sabes todo: Hans Henrik Nielsen, diecisiete años, nacido en Copenhague, en noviembre de 1985. El mejor delantero centro de la escuela.

-
- ¿No será por eso...?
- Eres como los demás. Yo creía que tú eras diferente. ¿Cuántos años tienes?
- Veintiocho.
- Demasiado tarde.
- ¿Demasiado tarde para qué?
- No lo aprenderás nunca.
- ¿Aprender qué?
- A entender.
- ¿A ti?
- No, todo.
- ¿Lo que hiciste?
- Todo, ¡maldita sea!
- ¿Y tú lo entiendes todo quizá?
- Todo es posible.
- Si todo es posible, ¿por qué lo hiciste?
- Otra vez. Esto, esto y esto. Se te ha metido en el cerebro.
- Está casi muerto.
- Sí, esas personas ya nunca vuelven a serlo.
- No te conmueve.
- No es eso lo importante.
- ¿Qué es, pues?
- Es lo que tú nunca aprendes a entender.
-
- ¿Hubo un motivo racista?
- ¿Qué quieres decir?
- Quizá no te gusten los inmigrantes.
- ¿Por qué debería tener eso algo que ver?

—Él era árabe. Es.

—¡Vaya!

—¿Entonces no fue por eso?

—Ja, ja, ja.

—¿No es porque alguien como él te haya hecho algo? ¿Te haya robado tu ciclomotor? ¿Se haya largado con tu novia?

—¿Sería una razón para patear la cabeza de un hombre?

—Más bien no..., sólo pensaba...

—¡Joder! Patearle la cabeza a alguien porque te ha robado el ciclomotor. ¡Por Dios! ¡Si no volverá ya nunca a ser persona! Vi como lo blanco se le salía de la cabeza. ¡La masa cerebral! ¡Y tú hablas de ciclomotores! ¡Justamente esto es lo que pienso!

—¿Qué piensas?

—¡Falta de límites!

—La escuela te va bien. Eres popular entre tus amigos. Tu familia parece ser mejor que la de la mayoría, tu hermano mayor es profesor, tu hermana estudia Biología. Tienes el mundo a tus pies.

—¿Qué mundo?

—Para ya...

—¿Parar de qué?

—Podrías llegar a ser lo que te propusieras, lo que te apeteciera. Dinamarca es un buen país, aquí hay democracia, igualdad. Tienes acceso a toda Europa,

en realidad, a todo el mundo. No existen límites respecto a lo que puedes hacer...

—Eso es exactamente lo que te digo.

—... Y entonces te juntas con chusma, salís y pateas la cabeza de un hombre.

—¿Chusma?

—Sí, malas compañías. ¿Por qué te dejas arrastrar por gente así?

—Estaba solo.

—No tienes por qué tenerme miedo.

—Ja, ja, ja.

—Yo no soy ningún juez. No me chivaré a nadie.

—Estaba solo.

—¿Lesiones casi por todo el cuerpo, patadas y golpes, los riñones lesionados, el hígado destrozado, veintitrés fracturas además de rotura de cráneo...?

—¡Vaya!

—¿Has sido alguna vez víctima de incesto?

—Ja, ja, ja.

—¿De algún otro tipo de abuso físico?

—Ja, ja, ja.

—¿Víctima de acoso escolar?

—¿Cuándo acabará esto?

—Pues sí que... Aunque sea por consideración a tus padres...

—Deja a mis padres fuera de esto. No es culpa suya.

—¿La sociedad?

—A la tercera va la vencida. ¡Bravo! Dejémoslo así. ¿No has entendido nada de nada de lo que te he dicho?

-
- Dijiste algo como «todo es posible».
- Sí.
- Entonces ¿por qué hacer eso?
- Nunca lo entenderías.
- Inténtalo...
- Todo es posible.
- Lo hiciste porque todo es posible.
- ¿No da lo mismo?
- Si da lo mismo, ¿por qué lo hiciste?
- Para ver lo que diría alguien como tú.
- No te pases, los límites existen.
- Exactamente.
- ¿Exactamente?
- Eso es lo que quería explorar.
- Ahora lo entiendo mejor... ¿Y es...?
- Que no existen.
- ¿El qué?
- Los límites respecto a lo que vosotros estáis dispuestos a entender.
- Ahora no entiendo nada.
- Eso es lo malo, que no lo entiendes.
- Hablabamos de los límites...
- ¡De la falta de límites!
- Ah, es por eso..., ¿verdad? ¿Te ha fallado la falta de límites...?
- ¡No, no es a mí a quien le falta algo! Es a ti, a vosotros.

—Yo sé muy bien que no hay que patear la cabeza de alguien.

—¿Lo sabes?

—Sí.

—¿Por qué crees entonces, maldita sea, que se me ocurrió hacerlo?

—Por esto, yo... No has aprendido dónde están los límites.

—¿Entonces no es culpa mía?

—No, en realidad, no...

—Pero fui yo el que lo pateó, ¿no?

—Sí, claro, pero...

—¿Es comprensible que lo hiciera?

—Tomándolo todo en consideración, sí.

—¿Habrías hecho lo mismo en mi situación?

—Ah... No lo sé...

—Por supuesto, tú nunca has estado en mi situación. ¿Pero quizá...?

—Quizá..., quizá sí...

—¿Así que lo entiendes muy bien?

—...

—En todo caso, ¿no hay nada extraño en que una persona en mi situación hiciera lo mismo que yo hice?

—Más bien no, no...

—Cuando se piensa en la falta de límites, la luz de las farolas, la herrumbre de la barra de hierro, ¿entonces es bastante comprensible que lo hiciera?

—... Sí...

—¿Sobre todo las farolas?
—Sí..., las farolas.
—Mira, tú mismo puedes verlo.
—¿Ver qué?
—¡Exactamente lo que pienso!

—¿Es esto lo que escribes? ¿Que este tipo de cosas puede empujar a la gente a cualquier cosa?

—Sí...

—¿Que cuando se piensa en la falta de límites de la sociedad no se entiende cómo no sucede más a menudo?

—... Ah, sí.

—¿Entiendes ahora lo que pienso?

—Sí...

—No es bueno exponer a los jóvenes a esta situación, ¿verdad?

—No.

—Así que, en el fondo, ¿es raro que no lo hiciera antes?

—Pues... ¿Por qué no...?

Sobre la libertad de expresión y la responsabilidad

**CON BALANCEO DE CADERAS Y MIRANDO
AL SUELO**

Prométeme esto aquí y prométeme aquello allá. La gente es libre de expresar lo que quiera. Y lo hace. Tanto si tienen algo que valga la pena expresar como si no. Casi mejor que se abstuvieran. Pero tener la boca cerrada un instante, ¡no! Siempre hay a quien le parece que tiene algo que decir. Aunque sea mierda pura. Lo dicen. Como si les importara. Mejor callarse si no se tiene nada correcto que expresar. Aunque algunas veces puede ser necesario decir algo un poco menos correcto. Ahí están los que se comportan de un modo no demasiado correcto. Además, a menudo, son los del otro lado de la vía. Los conozco. Siempre les ronda algo por la cabeza y nunca bueno. Es así como los han educado. Quizá lo lleven en los genes. Pienso que puede que deba ser así cuando

se nace más abajo de la vía del tren. Son un poco más tontos que nosotros. Y, si no, caminarían de otra forma, ¿verdad? Se lo dije a mi vecino el otro día. ¡Cómo se reía! Decía que sí con la cabeza. Entonces lo escribí en el periódico. No exactamente así, sino empleando palabras un poco distintas, pero lo hice. Alguien tiene que decir la verdad. Podrían expandir su porquería a todos los demás. Esa forma de caminar, como meciendo las caderas y con la cabeza gacha. Es del todo inaceptable. Mirar al suelo, como si, al caminar, escondieran algo. Seguro que lo hacen. Eso fue lo que escribí. Esos de más abajo de la vía del tren esconden algo cuando andan. Los demás no debemos enterarnos. No puede tratarse de nada decente. Las cosas decentes nadie las esconde. Habría que quitarles los hijos. No es bueno para nadie criarse en ese ambiente. Si dejáramos que sus hijos se criaran en nuestro lado, seguro que se pondrían a caminar como nosotros. La cosa se solucionaría rápido. Pero ¿y si eso de las caderas lo llevaran en la sangre? ¿Y la cabeza gacha? ¿Entonces nuestros descendientes caminarían así? ¿Adónde iríamos a parar? No, no sirve. Lo propuse en el periódico, pero, más bien, tendré que retractarme.

Se debería construir un muro. De una forma que nadie pudiera escalarlo ni ver a su través. Así se quedarían para ellos su manera de caminar meciendo las caderas y con la cabeza gacha. ¡Mirando el suelo! Lo escribiré. No hay nada malo en ello, es sólo separar las liebres de los conejos, estas cosas hay que

hacerlas. Eso de construir un muro lo escribí el otro día. Pero desde entonces lo he estado sopesando y ahora se me ocurre que debería dar vergüenza hacerlo. Escribirlo no, eso vale, pero construir el muro y a esos de más abajo de la vía del tren dejarlos que se muevan a su aire. Pues, ¿no les debemos, por su fe cristiana u otra si tienen, o como mínimo por el bien de la humanidad, convertirlos en personas civilizadas e iguales a nosotros? ¿La cuestión del acceso a la educación no tiene que ver con este balanceo de caderas y con la cabeza gacha, mirando al suelo? Como animales. Eso es. Es nuestra Nación. Todo unido, también el otro lado de la vía del tren. Quién sabe, alguno que otro podría escabullirse y escalar el muro. Ante todo debemos hacer lo posible para que aprendan a comportarse como personas decentes. Como nosotros. Sólo hay que ver la alegría que nos ha proporcionado el caminar erguidos, con la cabeza alta y los ojos mirando al frente. Salta a la vista que no tenemos nada que esconder ni de qué avergonzarnos. Lo escribo para el periódico. Que es un derecho humano caminar erguidos, con la cabeza alta y mirando al frente. Nos ayudo. Y no esa forma de caminar siempre con la cabeza gacha y el balanceo de caderas de los de más abajo de la vía del tren. Pero escribirlo..., verlo impreso. He hecho lo que he podido en pro de la decencia. La Nación. Hay quien está de acuerdo conmigo. Es muy alentador. Parece que se está moviendo algo. Estamos unidos. A este lado de la vía del tren. En lo de querer que los de más abajo

de la vía del tren estén a nuestro nivel. Otra solución podría ser derribar la zona. El problema quedaría solucionado para siempre. Mandar a sus habitantes a una isla para entrenarlos a caminar erguidos, con la cabeza alta y mirando al frente. Una vez aprendido, se les podría dejar volver a vivir entre nosotros. De islas, hay más que suficientes. Quizá los que volvieran deberían llevar un sombrero especial. Un casquete de algún color. Tal vez naranja. No vayamos a mezclarnos con ellos sin saberlo. Es un derecho humano saber con quién te relacionas. Todo esto no lo he escrito. Todavía no. Es algo que pensé cuando vi la respuesta en el periódico de ese de más abajo de la vía del tren. Él escribió que ninguna persona es mejor que otra, y que ninguna manera de caminar es mejor que otra. ¡Pone eso! Que aunque pueda sonar extraño para nosotros, los de este lado, a los de más abajo de la vía del tren les parece bien su forma de caminar. *¡Ilimitado lo que veían al caminar mirando al suelo!* ¡Y tener que aguantar esto! Entonces fue cuando se me ocurrió la idea del derribo. Y el entrenamiento en la isla. Ahora lo he escrito. Que se derribe la zona y se los mande a todos a un campamento para entrenarse a andar, en una isla, escribí. Por respeto a la Nación. Y a ellos mismos. Podrían contaminarnos a los demás. ¡Adónde iríamos a parar! ¡Qué falta de respeto! *¡Ilimitado lo que ven al caminar mirando el suelo!* Yo les voy a dar algo que ver.

He tenido respuesta del periódico, y me falta el aire cuando la leo, en mi salón. Es la palabra *extermi-*

nar la que no quieren publicar. Ni siquiera formando parte de una frase subordinada. Que para los que no quieren ir a la isla, hay que intentar la exterminación de otra manera. La primera parte de la frase trata de que es lo mejor para ambas partes, y sólo después de la coma viene el resto. No es que no admita que puede malinterpretarse si se empeña uno en ello. Pero en una frase subordinada... Bien, he solucionado el problema con otra fórmula. Fue la misma palabra *problema* la que me condujo a la solución. Entonces escribí esto: separar a las personas según la forma de andar era lo mejor para ambas partes, y, si algunos de los de más abajo de la vía del tren no quieren ir al campamento de la isla para entrenarse a andar, hay que exterminar el problema de otra forma. El periódico lo publicó así, y la gente entendió lo que yo quería decir. En todo caso, mucha gente. Las cartas siguen llegando a mi casa. No hay nada malo en la palabra *exterminar*. Este problema ya está solucionado. Sólo queda el resto. Somos muchos los que lo entendemos. Que hay que Exterminar el Problema. Entre tanto, el Problema se hace más y más grande. Los pro-creativos lo provocan, pero eso es lo de menos, no es nada nuevo. Hay cantidad de artículos en contra nuestra. No sólo de los de más abajo de la vía del tren, sino también de algunos de nuestro lado. ¡Traidores! Así es como los llamé en mi escrito. No se es otra cosa si no se quiere colaborar en la Exterminación del Problema que amenaza nuestro lado, la parte alta al otro lado de la vía del tren. La Nación.